

Juan, el camino de la fe

“Aquel Verbo fue hecho carne” (1.14-18)

Una paradoja es una figura de pensamiento que consiste en emplear expresiones o frases que aparentemente envuelven contradicción, por ejemplo: pequeño gran hombre, agrídulce, muerto en vida.

Esta singular figura es la base del mensaje de Juan 1.14-18. Los primeros trece versículos del evangelio de Juan nos presentan “el Verbo” que era “en el principio”, que “era con Dios”, y que “era Dios”. Aunque audaces, tales afirmaciones acerca de Cristo son fáciles de aceptar para nosotros, pues estamos acostumbrados a escuchar frases que se refieren a la majestuosidad de Dios. La “contradicción” surge con Juan 1.14, donde dice que aquello que es divino fue hecho carne. No sería muy atrevido decir que la paradoja de un Dios de carne es la clave para comenzar a entender quién es Jesús.

FUE HECHO CARNE

“Y aquel Verbo fue hecho carne...” (1.14). Después de presentar a Jesús como el Verbo Divino que era desde el principio, y aquel por quien todas las cosas fueron hechas, Juan 1.14, hace la perturbante declaración en el sentido de que el Verbo fue hecho carne. La palabra “carne” es propia de un lenguaje demasiado abrupto, terrenal, áspero, casi crudo, como para describir a Jesús. Esta es la forma como Juan decía que Jesús llegó a ser completamente humano, no mitad humano y mitad divino. Jesús experimentó la condición de ser humano en toda su plenitud. Nació siendo bebé, creció hasta convertirse en hombre, y conoció el hambre, la sed, el dolor, el instinto sexual, el enojo, y la tristeza. Decir que Jesús fue completamente humano siempre ha parecido rayar en la irreverencia.

Por ejemplo, cuando usted ha mirado un dibujo de la escena del pesebre con María y José y el bebé Jesús, ¿le ha pasado por su mente que los pañales podrían estar sucios? Hasta la sola insinuación podría resultarle ofensiva a usted, sin embargo la palabra “carne” lleva implícito todo lo anterior, y muchísimo más.

Por ejemplo, ¿cree usted que Jesús fue verdaderamente tentado? ¿Tuvo Jesús alguna vez el deseo de hacer lo incorrecto? Piense en ello por algún momento. Esto fue lo que Santiago escribió: “... cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado da a luz la muerte” (Santiago 1.14-15). ¿Fue Jesús alguna vez atraído y seducido “de su propia concupiscencia”? El escritor de Hebreos dice que Jesús, nuestro sumo sacerdote, “fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (Hebreos 4.15). Sin embargo, la pregunta no ha sido contestada: “¿Tuvo alguna vez el Cristo que no pecó, el deseo de hacer algo malo?”. ¡Creo que la respuesta de las Escrituras es un resonante “Sí”! Por ejemplo, ¿qué era lo que Jesús deseaba hacer cuando estaba en el huerto de Getsemaní, la noche que fue traicionado? Estas fueron las palabras que en su oración pronunció: “Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lucas 22.42). ¿No revelan estas palabras que el deseo de Jesús era hacer algo diferente de la voluntad del Padre? Podemos estar agradecidos por el hecho de que su deseo de hacer la voluntad del Padre fue mayor, pero no debemos pasar por alto el hecho de que Jesús se hizo “carne”, y de que

él batalló con todas las tentaciones de la carne.

Puede que nos parezca difícil aceptar esto, por las tantas veces que oímos decir de Jesús que él es el “Señor y Maestro”. ¡La idea de verlo ahora como un hombre en todo el sentido de la palabra, puede, entonces, parecernos extraña e incluso blasfema! Recuerdo una ilustración de esta dificultad, sacada de la serie televisiva “Los Walton”, la cual programaban en los años setenta. En uno de los episodios, John Boy Walton, el hijo mayor se había enamorado. Había conocido a una maravillosa damita, la cual le había robado su corazón. Lleno de emoción, y a la vez confundido por toda aquella experiencia, John Boy se dirigió a su padre en búsqueda de orientación. “Papá”, le preguntó, “¿alguna vez has estado enamorado?”. Su padre apartó su mirada del trabajo que hacía y le dijo con una sonrisa en sus labios: “¡Aún lo estoy!”. John Boy, más confundido que nunca, trató de preguntar nuevamente: “Quiero decir, de una chica”. Su padre respondió: “¡Hijo, no me parece que a tu madre le agradaría esa pregunta!”.

Puede que sea difícil para los hijos aceptar que su madre es una mujer, o su padre, un hombre. Para los hijos, los padres siempre han sido sus padres, han sido los que han cuidado de ellos, los han visto como héroes y maestros de ellos. ¡La idea de que alguna vez se enamoraran y pasaran por toda la confusión y aprendizaje que conlleva el relacionarse con el sexo opuesto, es demasiado grande para tener cabida en sus mentes! Del mismo modo, ¡a los cristianos, a menudo, les resulta difícil aceptar la condición humana de Jesús y apreciar el hecho de que el “Verbo fue hecho carne”!

HABITÓ ENTRE NOSOTROS

El lenguaje que Juan utilizó llegó a ser más osado todavía, cuando dijo que aquel Verbo que fue hecho carne, “habitó entre nosotros” (1.14). La palabra “habitó” significa literalmente “hacer tabernáculo”, es decir, “armar tienda”. Conlleva la idea de que alguien se mudó a nuestro vecindario y fijó su residencia entre nosotros. ¡Eso fue lo que Jesús hizo! No fue una corta visita la que hizo. Se mudó, cambió su dirección celestial por una terrenal, y se ensució las manos haciendo el trabajo diario necesario para ganarse la vida. El solo hecho de estar entre nosotros es uno de los más grandes dones que tal vez le pudo haber dado a la raza humana.

La trascendencia del hecho de que Jesús viniera y habitara “entre nosotros”, se ilustra mediante una historia acerca de un monarca persa. El Sha Abbas era un buen rey que amaba a su pueblo. Su

deseo de comprender mejor a su pueblo lo llevaba, a menudo, a disfrazarse de hombre común e ir a lugares públicos. Un día, que visitaba un baño público, atravesó una puerta que lo llevó al sótano y se sentó junto al pobre hombre que mantenía ardiendo los hornos que calentaban los baños. El rey rápidamente trabó amistad con este humilde trabajador, el cual aceptó con agrado su compañía. Sin declararle su verdadera identidad a su nuevo amigo, el rey regresó una y otra vez para reunirse con el encargado de los hornos. Cuando la hora de la comida llegaba, éste compartía sus escasos alimentos con el monarca. Un día, por fin le dio a conocer su verdadera identidad al hombre. Dada su experiencia del pasado, Sha Abbas creyó que el encargado de los hornos le iba a pedir que le hiciera algún regalo o favor especial. En lugar de esto, una vez que el hombre volvió en sí de su sorpresa, su petición al rey no consistió en riquezas ni favores. Simplemente le dijo:

Dejaste tu palacio y tu gloria, para sentarte junto a mí en este oscuro lugar, para comer mi ordinario alimento, para enterarte de si mi corazón estaba contento o triste. A otros, tal vez los colmes de ricos presentes, pero en mi caso, te diste tú mismo, y sólo me queda orar que jamás retires el regalo de tu amistad.¹

VIMOS SU GLORIA

¡Jesús no sólo encarnó para vivir entre nosotros, también permitió que lo viéramos y que observáramos su vida! Juan lo expresó así en 1.14, cuando dijo: “... (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad”. La palabra “gloria” es una de esas palabras de las Escrituras, que encierran un rico significado. Los siguientes pasajes son dos ejemplos de cómo la palabra “gloria” se usa en el Antiguo Testamento. El primero es del tiempo cuando Israel vagó por el desierto:

Entonces una nube cubrió el tabernáculo de reunión, y la gloria de Jehová llenó el tabernáculo. Y no podía Moisés entrar en el tabernáculo de reunión, porque la nube estaba sobre él, y la gloria de Jehová lo llenaba (Éxodo 40.34–35).

El segundo pasaje es del tiempo cuando fue construido y dedicado el templo de Salomón:

Y cuando los sacerdotes salieron del santuario, la nube llenó la casa de Jehová. Y los sacerdotes no pudieron permanecer para ministrar por

¹ Michael P. Green, *Illustrations for Biblical Preaching (Ilustraciones para la predicación bíblica)* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1982), 48–49.

causa de la nube; porque la gloria de Jehová había llenado la casa de Jehová (1 Reyes 8.10-11).

Los dos pasajes anteriores demuestran que la palabra “gloria” es una manera de referirse a la “presencia de Dios”. Cuando se dice que la gloria de Dios estuvo en algún lugar, ello equivale a decir que Dios estuvo allí. C.H. Dodd describió la palabra “gloria” como “la manifestación de lo que Dios es, de su naturaleza y presencia, de un modo que sea asequible a la experiencia humana...”.² Por lo tanto, lo que Juan estaba diciendo era que, en aquel ser humano llamado Jesús, ¡la raza humana podía ser testigo de la presencia de Dios! Juan escribió estas verdades al comienzo de un evangelio, en el cual él se proponía contar acerca de la vida de Jesús. Esencialmente, lo que estaba diciendo era esto: “Obsérvenlo con atención, pues lo que ustedes verán es más que un buen hombre tratando con la gente; ¡lo que verán es la gloria de Dios!”. Todo lo que Jesús dijo e hizo estando sobre la tierra demostró la gloria de Dios. En Jesús, hasta la “carne” llegó a irradiar “gloria”.

Un autor de comentarios de la Biblia hizo una pregunta, la cual pienso que nos ayuda a entender aún más la gloria de la cual habla el evangelio de Juan.³ Él preguntaba por qué el relato de la transfiguración no aparece en el evangelio de Juan, a pesar de que aparece en los otros tres,⁴ y de que Juan fue un testigo presencial de tal evento. El hecho de que “resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz” parecería haber sido la ilustración perfecta del significado de la gloria (Mateo 17.2). ¿Por qué, entonces, en este evangelio que habla de la gloria más que todos los demás, no incluyó Juan un relato de la Transfiguración? Tal vez sea porque Juan estaba centrándose en la verdad de que toda la vida de Jesús en la carne, reveló la gloria de Dios. Si Juan hubiera escrito sobre la transfiguración, otros momentos podrían haber sido pasados por alto. Los lectores de Juan podrían haber dicho de la transfiguración: “He allí la gloria, la cual dijo Juan que veríamos”, pasando por alto la gloria de Dios en las demás cosas que Jesús dijo e hizo. ¡En este evangelio, la gloria de Dios se aprecia más vívidamente en el Jesús encarnado, cuando éste habitó entre nosotros!

² C.H. Dodd, *The Interpretation of the Fourth Gospel (La interpretación del cuarto evangelio)* (Cambridge: Cambridge University Press, 1958), 206.

³ Leon Morris, *Expository Reflections on the Gospel of John (Reflexiones expositivas sobre el evangelio de Juan)* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1988), 17.

⁴ Mateo 17.1-8; Marcos 9.2-8; Lucas 9.28-36.

ÉL DIO A CONOCER A DIOS

Juan añadió a las afirmaciones del versículo 14, otras declaraciones acerca de Jesús. Él escribió que Juan el Bautista había proclamado públicamente lo siguiente: “...Este es de quien yo decía: El que viene después de mí, es antes de mí; porque era primero que yo” (1.15). Juan añadió que aunque la ley de Dios fue dada a través de Moisés, y aunque ella fue maravillosa, no fue sino a través de Jesús, que la gracia y la verdad se cumplieron. Es abundante la gracia que se palpa en el Antiguo Testamento, y no hay duda de la veracidad de la ley. ¡No obstante, aquello a lo cual la ley le daba comienzo o hacia lo cual ella señalaba, se cumplía y se completaba ahora en Jesús! Si comparamos la ley con un radio a transistores, lleno de interferencia, entonces podemos decir que Jesús es el reproductor de discos compactos de Dios, el cual reproduce la música de Dios sin interferencia alguna. Si comparamos la ley con un cuadro dibujado con carboncillo en el cielo de una oscura cueva, entonces podremos decir que ¡Jesús es el mensaje por televisión digital, de Dios, el cual es dado con una señal clara, con abundante luz, y sin distorsión alguna!

Juan concluyó este pasaje diciendo que nadie, jamás, ha visto a Dios. En el Antiguo Testamento, leemos acerca de personas que creyeron haber visto a Dios, y se llenaron de terror, pues temían que cualquiera que veía a Dios, moría. Juan señaló que aunque estas personas habían visto mensajeros (o ángeles) de Dios, ellos en realidad no habían visto a Dios. Por esta razón, es más impresionante descubrir que aquél que era en el principio, el que es Dios, “el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre” (1.18), ¡vino a darnos a conocer a Dios, a través de la vida de Jesús de Nazaret! Ninguno jamás tuvo las credenciales necesarias para explicarnos a Dios, del modo que él lo hizo.

CONCLUSIÓN

Entramos al evangelio de Juan sabiendo que hemos de estar atentos a la gloria de Dios. En la medida que observemos a Jesús, éste le dará un nuevo significado a la palabra “gloria” al revelar la “gloria” en la “carne”. Así, cuando se ve el modo como Jesús le introdujo “gloria” a la experiencia de todos los días y a los encuentros con las personas, comenzamos a ver la manera como la “gloria” puede ser mostrada, por gente ordinaria, en circunstancias ordinarias y en lugares ordinarios. Como estamos en la era del entretenimiento, nos sentimos tentados a pensar que la gloria es real solamente en las más tremendas experiencias de

adoración, en los retiros espirituales de mayor inspiración o en la predicación de mayor dinamismo, Juan nos recuerda que Jesús exhibió "gloria" en todo lo que él hizo.

La paradoja divina del Dios hecho carne puede ser fuente de confusión, pero es crucial para nuestro

entendimiento de Jesús. El Verbo que fue hecho carne vino a salvarnos y a revelarnos la gloria de Dios a nosotros. Cuando avancemos en el estudio del evangelio de Juan, nos daremos cuenta de que estamos mirando algo más que a un hombre; ¡estamos contemplando la gloria de Dios! ■

©Copyright 2000, 2002 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados